

**R**  
Reseñas  
**Net**

Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 6, N° 10- Rosario- Argentina, Abril de 2013

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 38- 42

Edición Aniversario  
10<sup>o</sup> Número



PÉREZ, Inés, *El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana. 1940-1970*, Buenos Aires, Biblos, 2012, 248 páginas, ISBN 978-987-691-029-3.

Agostina Gentili<sup>1</sup>

Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades  
Universidad Nacional de Córdoba / CONICET

[agostgentili@gmail.com](mailto:agostgentili@gmail.com)



Al ritmo de recuerdos acompañados a discursos de revistas hogareñas, anuncios publicitarios, políticas de vivienda y datos demográficos, Inés Pérez escribe una historia sobre las formas de habitar en Mar del Plata al arribo de los electrodomésticos, esto es, entre el primer peronismo y la última dictadura. Una historia de preguntas concretas y argumentos simples sobre los cambios en el escenario de las coreografías familiares: la casa. Cómo se adquirió, en qué momento de la vida y con quiénes se compartió; cómo se organizó ese espacio, quién hacía qué y dónde, de qué instrumentos, ayudas y saberes se valían las tareas cotidianas. Género, clase y generación son las coordenadas para la reescritura de esas

experiencias que recuerdan hombres y mujeres que las protagonizaron, convocados aquí para

<sup>1</sup> Recibida: 6/02/2013.

Aceptada: 16/02/2013.

reconstruir el proceso de tecnificación del habitar, procurando mostrar la diversidad de modos de vivir en familia en un período de auge de un modelo familiar calificado como moderno. Nuclear, heterosexual, monogámico, legalmente constituido y basado en una clara diferenciación de roles por género, el consenso historiográfico ha llamado a ese ideal familiar *modelo de domesticidad*. A partir del registro de lo cotidiano y abordando su cultura material, la autora se ocupa de los mecanismos de difusión de ese modelo, haciendo de éste punto de comparación constante con las experiencias que recuerdan sus entrevistados, no de manera caprichosa, sino justamente porque a aquél remiten esos recuerdos. En esa comparación, la existencia de tensiones y distancias respecto del canon permite evidenciar tanto las particulares apropiaciones de las que fue objeto como la profusa difusión que alcanzó en el período.

Como argumento central Inés Pérez sostiene que la imagen del hogar como espacio confortable, en la que adquiriría centralidad el consumo de nuevas tecnologías y artefactos domésticos, fue un elemento novedoso de la popularización del modelo de domesticidad que tuvo lugar a mediados de los años '40, con implicancias en los estereotipos de género: la mecanización de las tareas hogareñas supuso una reedición del modelo de mujer doméstica que cristalizó en las primeras décadas del siglo XX, y unas masculinidades domésticas, en las que el hogar era espacio y objeto de prácticas asociadas al “ocio productivo”, fueron habilitadas por el mayor acceso a la casa propia y la disponibilidad de tiempo libre.

El escenario mayor de este libro es Mar del Plata, una ciudad que crece y al color del verano se vuelve, en aquellos años, balneario predilecto. De su geografía, tan cercana a Buenos Aires, deviene su singularidad en la trama nacional, tornándose propicia para la reconstrucción de experiencias y temporalidades locales, nutridas, sin embargo, de convenciones, productos y saberes que las trascendían. De los veraneantes, las revistas y los programas televisivos que llegaban de la Capital o en ella se inspiraban, las experiencias marplatenses adquirirían particularidades emparentadas. Es que puestos en relación con contenidos y productos de circulación nacional e internacional, los recuerdos de sujetos situados espacial y temporalmente trascienden en el relato de Inés Pérez el ámbito circunscripto del barrio y la ciudad que fueron sus escenarios para volverse testimonio de apropiaciones de las innovaciones tecnológicas y sus representaciones. La mirada situada en un espacio particular, en un recuerdo específico, evidencia las singularidades potenciando, a su vez, las vinculaciones con procesos sociales y culturales más amplios, permitiendo reconocer los mecanismos de la difusión y no sólo las pautas que regulaban las formas del habitar familiar.

El libro dialoga con obras recientes de la historia de la familia y los estudios de género, ámbitos en los que perfila a sus principales destinatarios, en particular a aquéllos que se preguntan por los cambios y las continuidades en el trabajo doméstico, la cultura material, el consumo y las políticas de vivienda. Los lectores de este libro encontrarán especificidades y matices sobre las dinámicas familiares, las tareas femeninas, masculinas e infantiles a las que el hogar convocaba, desde los quehaceres domésticos a la reparación de los desperfectos y el entretenimiento, contemplando los usos del tiempo y los espacios en el escenario familiar.

De la casa al barrio y su vecindario. De la casa a la cocina y sus utensilios. De la casa al taller y su mesa de herramientas. De la sala al comedor, el televisor. Ése es el trayecto de los capítulos que organizan el libro. El primero aborda las políticas públicas de vivienda responsables de un sostenido acceso a la casa propia por parte de amplios sectores sociales a lo largo del período. Unifamiliares, de planta compacta, con espacios funcionalmente diferenciados y dotados de modernos bienes y servicios, aquellas viviendas se inspiraban en el modelo de domesticidad, al tiempo que lo propiciaban. Como corolario, los datos estadísticos muestran una clara tendencia a la nuclearización de los hogares, pero ocultan, según la autora, las variadas experiencias de apropiación de aquel ideal. Si el modelo fue profusamente reforzado en el nivel de las representaciones y a él remiten los recuerdos que organizan el relato del pasado, lo cierto es que los usos del espacio doméstico evidencian la pervivencia de vínculos de parentesco y la constitución de nuevas redes de reciprocidad e intercambios en la

organización cotidiana de la familia. Compartir el hogar con parientes ajenos al núcleo familiar fue recurrente entre migrantes provenientes de zonas rurales. La localización de las viviendas en el barrio, cercanas a algún pariente, y las ayudas de vecinos en las tareas domésticas, convivían con aquella tendencia a la nuclearización de los hogares. Así, vinculando representaciones con experiencias, se incorporan matices y tensiones al proceso de difusión de formas modernas del habitar familiar.

El siguiente capítulo analiza el epicentro de las transformaciones domésticas del proceso de tecnificación: la cocina. En ella, la centralidad del consumo asociado al confort, una nueva relevancia de indicaciones tendientes a la racionalización y al aumento de la eficiencia del trabajo doméstico, y una imagen del hogar y la cocina como espacios de una vida hogareña armónica, plena y satisfactoria, son los componentes novedosos de una reedición del modelo de mujer doméstica ya presente en épocas previas. La emergencia y las transformaciones de distintas imágenes de la cocina, y las tensiones entre representaciones y relatos de vida, son los ejes del análisis. En el plano de las representaciones y bajo el criterio de la eficiencia, la cocina fue, en la lectura de la autora, la vía de ingreso en el ámbito doméstico de nociones propias del trabajo fabril: para ahorrar tiempo y esfuerzo se propició una organización racional, especializada y orgánica del espacio y la disposición de sus muebles y artefactos. Pero la cocina no sólo debía ser cómoda y mecanizada, sino también bonita, escenario de una mujer dedicada a la familia que dejaba de ser Cenicienta para volverse la reina del hogar, tornándose objeto de una mirada romántica que acompañaba el carácter técnico de su organización a una “poética rosa” que la volvía soporte de historias de amor. Los imperativos del confort asentado en el consumo de electrodomésticos dieron una mayor centralidad al ama de casa y sus tareas, al tiempo que suscitaban nuevos conflictos familiares, por la insatisfacción que podía generar la imposibilidad de aumentar los estándares de consumo, por la necesidad de que las mujeres participaran en el mercado de trabajo para alcanzarlos. Diferencias generacionales hacen su aparición en los relatos sobre este espacio y los estándares con los que se ponderaba el trabajo que demandaba, siempre femenino, porque su división sexual fue escasamente cuestionada. Las mujeres más jóvenes dicen pasar menos tiempo y ser más prácticas en su desempeño que sus madres, permanente y meticulosamente afincadas en ese espacio, a pesar de ser quienes lo privilegiaron en los gastos del hogar y ser sus madres las que hicieron del comedor su lugar predilecto, signo de distinción, ya que no todos podían contar con uno, o escenario del trabajo que realizaban para afuera. La autora muestra, así, que la disminución del tiempo empleado en el trabajo doméstico tuvo menos que ver con la organización racional del espacio y su tecnificación que con la reducción de los parámetros con los que se evaluaba ese trabajo y con la colaboración que las mujeres encontraban de parte de vecinas y parientes.

El mismo argumento es reforzado al poner en el foco del tercer capítulo las tareas domésticas y sus transformaciones al arribo de los electrodomésticos. La autora sostiene que la provisión de servicios (gas, agua corriente y electricidad), sin los cuales esos modernos artefactos no tenían cabida, redujo los esfuerzos de las labores domésticas mucho más que la incorporación de aquellos aparatos: invertir menos tiempo en las tareas de la casa fue posible porque se compartieron con otras mujeres y se redujeron sus estándares de ponderación, no por la presencia de nuevas tecnologías en la vida hogareña. Los préstamos y usos compartidos entre parientes y vecinos, la compra en el mercado de usados o a crédito en alguna casa de electrodomésticos en la que trabajaba algún conocido, fueron modalidades extendidas de la incorporación de estos bienes a la vida familiar, asentadas en redes de solidaridad e intercambio más que en los imperativos de su adquisición y uso unifamiliar propiciado por la publicidad. El diferencial acceso a los servicios públicos por parte de las familias de distintos sectores sociales y localizaciones en el entramado urbano, supuso también períodos de usos compartidos y acarreo desigualdades mucho más profundas en la realización de las tareas domésticas. El valor atribuido a la habilidad femenina en el desempeño doméstico, un saber hacer que era signo de distinción y devoción hacia la familia, hizo que la incorporación de los electrodomésticos no pudiera colonizar por completo estas tareas. Sin embargo, al igual que el hogar cuidado y limpio, los artefactos domésticos ocuparon un lugar importante en la adquisición y la

confirmación de un estatus social de clase media. De allí que, en publicidades y relatos de vida, pasaron de ser considerados herramientas de trabajo a ser bienes de confort, símbolos de progreso, bienestar y estatus familiar. Asociaciones que, sostiene la autora, por su fuerza y generalización, cambiaron el régimen de visibilidad del trabajo doméstico y dieron al ama de casa una nueva centralidad como consumidora.

El “ocio productivo” fue la versión masculina de la filiación entre empeño hogareño y devoción familiar que caracterizara a las representaciones del ama de casa, en una asociación de la masculinidad a la domesticidad que no barrió con las diferencias de género: tareas, objetos, espacios y herramientas específicas fueron destinados a los hombres dentro del hogar, y su vinculación con el mundo de la técnica reforzaba aquellas diferencias. A ellas se dedica el cuarto capítulo del libro, evidenciando que la construcción de la casa propia y sus muebles, con la ayuda de parientes y amigos, y la consulta de revistas de divulgación de saberes técnicos, no sólo eran un medio para ahorrar dinero sino también una fuente de orgullo y satisfacción personal. Los juguetes para los niños eran un modo de demostrar afecto que propiciaba la presencia masculina en el hogar. Aquéllos que se asociaban a los pasatiempos, como el aeromodelismo, tenían su momento culminante fuera de casa, en el club, donde los hombres se reunían con otros de los que se esperaba aprobación y admiración por la pericia técnica y manual, lo que podía despertar no pocas resistencias femeninas, en tanto el tiempo dedicado por los varones a esas actividades competía con el dedicado al hogar y a la familia. El escenario de estos quehaceres, el taller, dotado de modernas herramientas, era también una fuente de orgullo, signo de progreso económico y ascenso social para quienes realizaban actividades para el mercado, en tanto suponía la posibilidad de salir de relaciones de dependencia. Estas masculinidades domésticas no necesariamente eran familiares: no sólo en las actividades hogareñas que tenían por objeto la sociabilidad con otros hombres en el espacio del club, sino también en los propios espacios del hogar asociados a lo masculino (el taller, el garaje, el jardín y el bar), las connotaciones familiares estaban relativamente ausentes, por lo que si bien la presencia masculina en el hogar no modificó la imperante división de roles por género, fue entendida como confirmación del ideal de complementariedad y compañerismo en la pareja.

El televisor, de manera privilegiada, y el tocadiscos, artefactos asociados al entretenimiento, son los protagonistas del quinto capítulo, atento a las modificaciones que supusieron en los usos del tiempo y del espacio en el hogar. Como ocurrió con el amplio espectro de artefactos domésticos, las primeras experiencias con las máquinas de entretener supusieron usos compartidos, no familiares, que implicaron, sin embargo, espacios y sociabilidades diferenciadas según edades y pertenencias sociales: en casa con parientes, entre quienes tenían una posición más holgada; en el club, la sociedad de fomento o la casa de algún vecino, entre los sectores de menor poder adquisitivo. Los niños, en consonancia con una tradición de mayor movilidad en el espacio barrial, eran quienes predominantemente iban a ver televisión a la casa de otros, siendo para los adultos actividades ocasionales. Los jóvenes encontraron en el tocadiscos un aliado singular para la sociabilidad entre pares, habilitando formas de distinción y espacios de uso que tampoco fueron ajenos a las diferencias de clase. La presencia de estos objetos en el hogar, crecientemente extendida a lo largo del período, fue tanto un símbolo de estatus como de ascenso social: se trataba de objetos asociados a la modernidad y al progreso familiar. La ubicación del televisor en la cocina, habilitada por la promoción de este ambiente como lugar habitable por todos los miembros de la familia y no sólo por el ama de casa, desencadenó en algunos casos una mirada peyorativa sobre la práctica de ver televisión: se la asociaba a la pérdida de tiempo, y fue, en parte, responsable de los cambios en la programación, que pasó de un formato asociado al cine a otro vinculado a la radio con imágenes para favorecer el desarrollo de otras tareas mientras se asistía a los programas. El entretenimiento en el espacio doméstico no era necesariamente familiar: usos masculinos, femeninos e infantiles eran propiciados tanto por sus contenidos como por la posibilidad de que el aparato fuera trasladado de ambientes en función del programa y de quiénes lo veían. En un contexto en el que los espacios públicos de esparcimiento eran crecientemente ocupados por los sectores de bajos recursos, estos aparatos sirvieron para garantizar una distinción en el

entretenimiento, privatización que se articuló luego con las lógicas instaladas por los gobiernos represivos, que instaban al recogimiento hogareño ante las “amenazas” de un mundo en ebullición.

En las coordenadas que los estudios sobre las formas de vivir en familia ofrecen al relato del pasado esta obra encuentra su principal condición de posibilidad, estableciendo con ellas un permanente contrapunto e incorporando matices y particularidades al consenso alcanzado.

Palabras clave: familia- género- clase- vida hogareña.

Keywords: family- gender- class- home life.